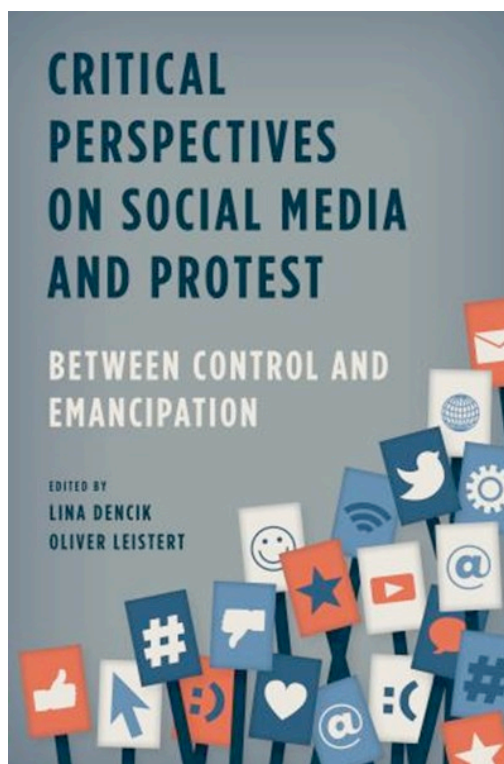


Lina Dencik y Oliver Leistert (eds.), *Critical Perspectives on Social Media and Protest: Between Protest and Emancipation*, Rowman & Littlefield, London, 2015, 240 pp. Por [Hugo García Gómez](#)

Los medios sociales<sup>1</sup> han supuesto una revolución para la comunicación, rompiendo las barreras de la presencialidad, aglutinando movilizaciones de una forma espontánea y sin estructura jerárquica, y permitiendo un tipo de comunicación inmediata entre personas que se encuentran separadas incluso a escala mundial. Estas características, unidas al bajo coste del uso de estos medios, dibujan un horizonte esperanzador para los movimientos de protesta que encuentran en las redes sociales un medio para organizarse y publicitarse que se desprende de los problemas organizativos de los movimientos sociales tradicionales. Siguiendo esta estela tecno-optimista, se puede considerar que se han dado en este comienzo de siglo una serie de protestas (Occupy, Indignados, #YoSoy132, Primavera Árabe, Free Fare...) que señalan una nueva forma de organización de la protesta, característica del siglo XXI, distinta de las formas tradicionales y cuya característica principal es la dependencia o importancia que tienen los medios sociales.

Ante este relato tecno-optimista, que sitúa a los medios sociales como una herramienta emancipadora, y que se ha convertido en el discurso hegemónico sobre la relación entre la protesta y los medios sociales, surge el libro *Critical Perspectives on Social Media and Protest: Between Protest and Emancipation* editado por Lina Dencik y Olivier Leistert. El libro pretende discutir esta concepción dominante, presentando



<sup>1</sup> La traducción más correcta de *social media* es medios sociales. No obstante, a lo largo del texto alternaré “medios sociales” con “redes sociales” dado que son el tipo de medio social más importante para este estudio.

un enfoque interdisciplinar a través de doce artículos donde se examinan las condiciones políticas de los medios sociales. Es decir, se pretende analizar las redes sociales en profundidad para demostrar de qué forma su lógica interna es contradictoria con los objetivos de los activistas que pretenden un cambio social.

El libro está dividido en cinco bloques, además de un bloque introductorio formado por la introducción de los editores y el primer capítulo, de Sebastian Haunss. La introducción de Dencik y Leistert pretende contextualizar el trabajo, señalando el juego de equilibrio entre la emancipación y el control en el que se mueven estos medios sociales, la necesidad de un estudio interdisciplinar (filosófico, tecnológico, sociológico...) que aborde la arquitectura de las redes sociales, sus significados políticos y los posibles efectos que tienen para los movimientos sociales; así como la importancia de desterrar análisis superficiales que consideran a la tecnología como un medio emancipador y de empoderamiento sin tener en consideración la parte oscura de estos medios: la relativa a la vigilancia, el control, el tratamiento de los datos o el papel que ejercen en el mantenimiento del status quo.

Haunss sostiene que hay una sobrestimación del papel de internet y las redes sociales en los movimientos sociales y de protesta. Internet y las redes sociales no suponen, según Haunss, una reconfiguración completa de las condiciones de la protesta, sino que los movimientos siguen teniendo una base fundamental en la calle, en lo *offline*, caracterizada principalmente por la comunicación cara-a-cara y la presencialidad. De esta forma, las comunicaciones *online*, son un tipo más dentro de la ecología comunicativa de los movimientos y son necesarios más estudios comparativos, alejados del relato tecno-optimista, que determinen qué movimientos se basan más en este tipo de comunicación, por qué, y cómo se configura su relación con los objetivos del movimiento, con el fin de comprender la potencialidad y funcionalidad de estos medios para la protesta. Haunss también adopta una perspectiva crítica hacia el papel de control y vigilancia que se ejerce a partir de los medios sociales, por ello sostiene la necesidad de más estudios empíricos sobre las interacciones que se producen entre los estados, las corporaciones y los protestantes cuando éstos usan las redes sociales.

El primer bloque, *Algorithmic Control and Visibility*, contiene dos artículos que estudian la lógica interna de las redes sociales basada en control algorítmico, y el tipo

de política que favorecen las redes sociales, la política de la visibilidad. En el capítulo segundo, Oliver Leistert profundiza en la lógica interna de los medios sociales, señalando que son entidades comerciales cuyos objetivos principales son la acumulación de capital y la obtención de beneficios. El modelo de negocio de las redes sociales se basa en un sistema algorítmico que, a partir de unos inputs tales como gustos, datos, información buscada o emociones, fomenta la venta personalizada de una serie de productos, comodidades o anuncios relacionados con las preferencias de cada usuario, manifestadas en los comportamientos que señalamos como inputs. Este modelo de negocio se conoce como “economía del *like*” y se basa en convertir en beneficios las expresiones individuales de los usuarios. Los algoritmos cumplen una función esencial en la configuración de las redes porque moldean los deseos de los individuos a través del control sobre lo que ven y operan, es decir, nos encontramos ante un sistema con la lógica neoliberal de limitar la libertad de los sujetos con el fin de que primen ciertos intereses económicos. Dada esta descripción de los medios sociales podemos entender por qué el autor considera que la lógica interna de estos medios es contradictoria con los valores de los movimientos sociales. Desde esta perspectiva los medios sociales dejan de ser meras herramientas para convertirse en sistemas complejos donde priman valores individualistas, auspiciados por entidades comerciales entre cuyos fines no se encuentra precisamente la emancipación.

Stefania Milan, en línea con el capítulo anterior, profundiza en las consecuencias que tienen las propiedades de los medios sociales para la identidad colectiva de los movimientos de protesta. Los movimientos surgidos a partir de las ciber-protestas se caracterizan por un tipo de política que la autora denomina la política de la visibilidad. La tesis es simple, la visibilidad substituye a la identidad colectiva. Dadas las condiciones de los medios sociales, el tipo de proyecto político que surge no es el de una identidad colectiva fuerte sino el de un conjunto de individualidades que tiene presencia sobre un determinado tema, es decir un tipo de movimiento que premia la experiencia y la presencialidad frente a la organización. Lo colectivo no es más que un simple filtro para que los individuos se manifiesten. Los movimientos sociales tienen que ser conscientes de la realidad de internet, de cómo la cultura de internet promueve los empoderamientos individuales, las movilizaciones temporales

y un tipo de participación política que empieza en el sujeto y acaba en el sujeto. A pesar de esto, las redes sociales poseen una serie de características muy positivas para la protesta, como la inmensa capacidad de expansión de la información y los pocos recursos humanos de los que precisan, por lo que se antoja esencial una reflexión crítica que permita explotar esas características sin caer en las trampas de la cultura de internet.

El segundo bloque, *Temporal Alienation and Redefining Spaces*, consta de dos artículos que estudian la configuración del tiempo y el espacio que ofrecen los medios sociales. La política de la visibilidad surge por la facilidad y rapidez con la que las redes sociales permiten la comunicación y manifestación. Esta capacidad para interaccionar de manera inmediata es posible dada la arquitectura de las redes sociales, que se rige por una temporalidad particular, la inmediatez. En su artículo, Veronica Barassi analiza el concepto de inmediatez, su relación con las redes sociales, la movilización social y el consumo, así como las contradicciones entre esta temporalidad y la temporalidad que requiere la democracia. La inmediatez es el régimen temporal de nuestras sociedades capitalistas, consiste en la simulación del tiempo-real, es decir, es una configuración del tiempo donde se simula la no existencia de pasado o futuro. El problema que presenta esta configuración del tiempo para los movimientos sociales radica en la incompatibilidad con procesos que exigen un mayor lapso de tiempo, como son los procesos democráticos de confrontación, elaboración de propuestas y toma de decisiones colectivas. Además, como hemos señalado anteriormente, el tipo de movilización que se corresponde con la temporalidad de la inmediatez se basa en relaciones superficiales donde la presencia es más importante que la pertenencia y la constitución de un proyecto común.

La revolución tecnológica que estamos albergando no sólo provoca cambios en la concepción del tiempo, sino que parece transformar las configuraciones tradicionales del espacio. Algunos autores defienden la tesis de la desterritorialización que postula la superación de los espacios físicos en el contexto de internet. Anne Kaun aborda estas tesis, caracterizándolas como ideologías basadas en la temporalidad de la inmediatez y la aceleración en la producción, la distribución y el consumo. Es decir, el modelo político del neoliberalismo aspira como ideal a la aniquilación de los

espacios, convirtiendo los espacios públicos en espacios de consumo y trabajo. Los movimientos de protesta que “toman la calle” suponen una rebelión contra esta concepción del espacio y la reivindicación de que los espacios pertenecen a la gente. Una idea fundamental de este capítulo es la de que las tecnologías condicionan nuestras prácticas, moldeando las concepciones del tiempo y el espacio de manera no neutral, sino de una forma que favorece un cambio en las cosas que consideramos de interés. Es decir, las tecnologías modifican las condiciones en las que se desarrolla el pensamiento. Bajo esta premisa, los movimientos sociales deben desarrollar estrategias a largo plazo sobre cómo relacionarse con los medios sociales, sabiendo que se rigen por la lógica del capitalismo y que actúan de manera eficaz en el moldeamiento de las personas.

El tercer bloque, *Surveillance, Censorship and Political Economy* se ocupa de una de las tensiones principales que poseen los medios sociales para la protesta, los procesos de vigilancia, control y censura. Arne Hintz señala a los medios sociales como actores claves en la censura y restricción de las formas de disenso. Los medios sociales ejercen un papel de mantenimiento del orden social a partir de una colaboración estrecha con los estados y otras agencias de seguridad, materializada en la cesión de la inmensa cantidad de datos producidos por los usuarios de las redes, que se usan para vigilar, censurar y prevenir acciones contrarias al sistema. Por lo tanto, los medios sociales son espacios controlados que han cambiado la naturaleza de internet, ya no podemos concebir internet como un foro de acogida de opiniones diversas que junto a la gran capacidad de movimiento de información daría lugar a una estructura emancipadora y democrática, hay que concebir internet como una estructura sujeta al control y la vigilancia del contenido y las acciones de los usuarios, donde las acciones tienen consecuencias políticas y jurídicas.

Joanna Redden sostiene que los fallos del sistema neoliberal, como la crisis económica del 2008, tienen como resultado un aumento en la vigilancia, el control y la intervención en la vida de las personas por parte de los estados. Este aumento no se da de manera visible, sino a través de mecanismos que permiten de una manera secreta un control social más efectivo. En su artículo recogido en el libro, Redden estudia el aumento del control social por parte del gobierno de Canadá y el extenso dispositivo de control y vigilancia, tanto a nivel *offline* como *online*, que se produjo

durante la cumbre del G-20 en Toronto en el año 2010. Una de las prácticas más novedosa señalada por Redden como principal dentro del dispositivo de seguridad del G-20 es la de la policía predictiva, que intercepta las infraestructuras de comunicación de los activistas para anticipar sus movimientos y paralizar las posibles revueltas.

Los medios sociales poseen una serie de características que como hemos afirmado pueden ser positivas para la organización y visibilidad de una protesta. Una de las posibilidades que ofrecen estos medios es la de grabar las acciones policiales desmesuradas y transmitir las en tiempo-real con un potencial de difusión mayor que cualquier otro medio, lo que permite usar las redes como táctica contra la vigilancia y las acciones policiales. Greg Elmer tuvo la ambiciosa idea de crear un documental con contenidos exclusivamente bajo el dominio de Creative Commons que recogiesen las acciones policiales de la cumbre del G-20 de Toronto. En su artículo sostiene que los términos y condiciones de las redes sociales dificultan el uso posible de las imágenes y vídeos compartidos en redes si se quiere dar un uso libre, colaborativo y antisistema como el que él pretende lograr con su documental, es decir, las redes sociales tienen agregados unos derechos de autor sobre los contenidos que dificultan su libre uso.

En el bloque IV del libro, *Dissent and Fragmentation from Within*, se pone de manifiesto cómo los medios sociales pueden provocar disenso y fragmentación dentro de un movimiento. En el primer capítulo del bloque, Emiliano Treré se centra en el movimiento mexicano #YoSoy132, describe cómo las tecnologías de la comunicación que sirvieron de altavoz para la protesta, más adelante fueron usadas para controlar y criminalizar la protesta. El movimiento sufrió un espionaje desde dentro por parte de un agente de policía infiltrado que grabó a los protestantes en secreto para posteriormente subir un video editado a Youtube que pretendía relacionar al movimiento con los grupos de la izquierda mexicana. Este suceso unido a una serie de detenciones arbitrarias provocó un estado de paranoia respecto a los medios sociales. La paranoia de lo digital surge porque en primer lugar no se controla quién actúa en nombre del movimiento, dado que las redes sociales permiten la expresión simultánea de muchas personas y, en segundo lugar, por las consecuencias judiciales y políticas de las acciones en internet y la sensación cada vez



más generalizada de un control permanente. Treré se esfuerza en argumentar que las redes sociales no son organizativamente neutras sino que son espacios donde surge el conflicto y la negociación del mismo modo que puede surgir a nivel *offline*, teniendo además la dificultad añadida de no poder controlar todos los campos de debate.

Mauro P. Porto y João Brant reivindican desde el principio la necesidad de aplicar un enfoque contextualista en el estudio de la relación entre medios sociales y movimientos de protesta. Estudian el movimiento Free Fare que tuvo lugar en 2013 en Brasil y llegan a dos tipos de conclusiones muy interesantes. Por un lado, cuando tenemos el éxito de un movimiento de protesta que ha sido auspiciado por las redes sociales, podemos simplemente otorgar el mérito a las redes como se tiende a hacer desde la literatura tecno-optimista, o podemos, tal y como recomiendan los autores, hacer un estudio más amplio, de todo el contexto que rodea a la protesta que nos permita determinar cuáles son las causas reales del éxito. En el caso del movimiento Free Fare los autores dan una lista de siete aspectos contextuales que permiten comprender y explicar el éxito del movimiento. Por otro lado, las protestas mediatizadas por las redes sociales tienden a desnaturalizarse, en el caso de Free Fare, la protesta comenzó siendo una reivindicación contra el aumento de las tarifas de autobús y que condenaba las condiciones de trabajo a las que se enfrentaban los trabajadores de las obras del mundial Brasil 2014, con el paso del tiempo y la mediatización del conflicto se fueron uniendo a la protesta (ya se había conseguido el objetivo de las tarifas) actores de fuera del movimiento, más despolitizados, de ideologías variadas y con demandas más vagas del tipo “mejores servicios públicos” o “menos corrupción”, convirtiendo al movimiento en un fenómeno de masas, con agendas distorsionadas y donde desaparecía el componente de la identidad colectiva. Este es el segundo tipo de fragmentación que expone el libro, la fragmentación que surge debido al mal uso de las redes por parte de los movimientos sociales tradicionales, que desemboca en la disolución de sus demandas principales dentro de un conjunto vago de demandas fruto de la masificación no politizada de la protesta, que termina por sobrepasar la agenda del movimiento.

El último bloque, *Myths and Organizational Trajectories*, cierra el libro describiendo y desmontando los mitos surgidos en torno a las ciber-protestas y mostrando las nuevas trayectorias organizativas que surgen en el contexto postdigital. Lina Dencik analiza el discurso público que llevan incorporadas las nuevas protestas, un discurso que las hace depender en exclusiva de las redes sociales. Tal y como defiende Dencik, se ha creado en torno a las redes sociales un mito de la autenticidad, que consiste en que las nuevas protestas son más espontáneas, más horizontales y sin liderazgos fuertes. Esta imagen de las protestas es un mito que ignora las dinámicas reales de los movimientos, además, olvida deliberadamente la política económica de las redes sociales y los procesos de control, vigilancia y censura que ocurren en las redes. Ese discurso de la autenticidad se afirma también por la crisis de confianza en las instituciones y la oposición a los movimientos sociales tradicionales y los sindicatos. Es notorio que en el ejemplo que ofrece Dencik sobre el movimiento *Fast Food Forward* uno de los principales triunfos del sindicato organizador es el de oscurecer su papel real en la movilización, disfrazando la protesta de movimiento horizontal no centralizado. Dencik también señala como mito que funciona a nivel de discurso el “mito del nosotros”, es decir, el mito de que la acción conectiva formada por expresiones individuales a través de los medios sociales fuese capaz de crear una identidad colectiva.

Para cerrar el libro, Geert Lovink y Ned Rossiter hacen un análisis de las nuevas trayectorias organizativas que ofrece la revolución tecnológica. En primer lugar, hay que resaltar que en el horizonte postdigital que vivimos, donde lo digital se naturaliza y mezcla con las prácticas diarias, es necesario un tipo de política adaptada al contexto que confronte la estructura oscura de internet, denunciando y haciendo visible la inmensa cantidad de datos que se distribuyen y se utilizan con fines económicos a escala global. Una noción clave en estos autores es la de *orgnets* que son redes colaborativas, realmente existentes tanto a nivel *offline* como a nivel *online*, que surgen como respuesta a los problemas organizativos de las instituciones y que los autores postulan como la vía emancipatoria de las protestas. Los autores sostienen que el futuro de las movilizaciones pasa por crear formas colaborativas de resistencia que permitan una respuesta rápida y un alcance global, pero que se doten



de herramientas organizativas que permitan también una toma de decisiones a largo plazo basada en criterios humanos y no algorítmicos.

En síntesis, el libro se presenta como una ventana crítica ante la contradictoria relación de los medios sociales y la protesta. Sin caer en el tecno-pesimismo más improductivo se ofrecen claves importantes para el análisis de las potencialidades que ofrecen estos medios para los movimientos de protesta, ofreciendo un análisis general bastante completo de la tensión y naturaleza de la relación entre la protesta social y los medios sociales.